

## Ingreso al Seminario. Presupuestos y Competencias

Andreas Tapken

Sirviéndome también de mi experiencia en la formación de los sacerdotes, entre numerosos presupuestos y competencias indicados en los documentos magisteriales (en primer lugar en la Exhortación postsinodal Pastores Dabo Vobis de 1992), ¿cuáles podrían ser aquellos que asumen una mayor relevancia para quien inicia el camino hacia el sacerdocio hoy, en la situación eclesial que caracteriza a Europa occidental?

### Desorientación actual

Antes de arriesgar una respuesta vale la pena tomar en consideración tres desorientaciones o inseguridades que hacen difícil encontrar respuestas a la pregunta misma.

Lo que se debe pretender y presuponer para el servicio sacerdotal aquí y ahora, puede ser individualizado en manera sensata solamente si se sabe para qué se forma. *La meta determina el camino*. Pero actualmente es difícil definir la meta. Tenemos por delante las más variadas imágenes de sacerdote; diferentes teologías del sacerdocio compiten entre sí y resulta difícil decir quién es verdaderamente el sacerdote: pastor de almas, funcionario, hombre de Dios, autoridad, mistagogo, manager, representante de Cristo o representante de la Iglesia, arquetipo u obrero... Con razón se hace notar que el Concilio Vaticano II ha desarrollado una eclesiología completa y una teología del ministerio episcopal; "en lo que se refiere al ministerio sacerdotal quedó en deuda y ha debido quedar en deuda de una explicación madura y coherente en sí misma de los fundamentos eclesiológicos del sacerdocio". Desde el momento en que la imagen del sacerdote permanece indefinida y, por lo tanto, la meta permanece poco clara, es muy difícil definir el camino que lleva a esta meta.

No sabemos cuál será, en el futuro, la configuración de la Iglesia. Obviamente, intentar un paso hacia un futuro tan abierto como incierto pertenecen a las opciones espirituales de fondo relacionadas con el don de sí en la opción sacerdotal. No obstante, la complejidad de la situación, actualmente se ha acentuado en cuanto nos encontramos en una fase de transición donde, desde un punto de vista social, la estructura de la Iglesia entendida como Iglesia del pueblo se ha desmoronado y aún no se logra entrever una nueva configuración. Nadie está capacitado para decir con realismo cómo, los seminaristas de hoy, vivirán los primeros años de su sacerdocio. ¿Qué cosa se fragmentará de aquello

a lo cual aún estamos habituados? ¿Dónde se podrán ver nuevos signos de vida? ¿Qué nos caracterizará desde el punto de vista espiritual? ¿Cómo vivirán los sacerdotes, solos y aislados o existirán nuevas formas de comunidad y de convivencia sacerdotal?

Existe una tercera dificultad muy diferente de la cual todavía no dan cuenta los responsables de la formación ni a sí mismos ni a los otros: no se sabe cómo será el cambio de la formación. ¿Qué elementos de la formación son verdaderamente eficaces y por qué? En la formación de los sacerdotes, ¿cómo ocurre el aprendizaje, el desarrollo y la maduración? La impresión que se tiene es ésta: parece ser que en la respuesta a estos interrogantes nos dejamos guiar más por intuiciones y suposiciones implícitas. Estas suposiciones parece que van en la dirección de creer que el hacer comunidad en el seminario tenga en sí un importante efecto de aprendizaje o que experimentar la propia autonomía y responsabilidad produzca en modo duradero la capacidad de autogestión, o que la introducción a la vida espiritual llevada a cabo en el seminario logre desarrollar una personalidad espiritual para toda la vida. Una de las suposiciones más frecuentes y equivocadas es que el paso del tiempo haga lo suyo!

No existen investigaciones empíricas y científicas en grado de demostrar si el largo período de siete u ocho años de formación produzca algo, y qué cosa produzca y cuánto duren en el tiempo los cambios (o si son solamente adaptaciones pasajeras al sistema) y qué elementos formativos sirvan a qué objetivo pedagógico.

El material más amplio sobre este tema fue publicado por Rulla, Imoda y Ridick en los años 80. Estos autores demuestran empíricamente lo que muchos formadores pueden confirmar por su propia experiencia en ese campo: el 60-80 % de los candidatos al sacerdocio logran, sí, apropiarse del saber teológico y de algunas competencias prácticas, pero en definitiva la larga formación de muchos años no logra tocar su personalidad. Las motivaciones centrales, las necesidades inconscientes que determinan las opciones y la conducta, los conflictos internos, y la rigidez de carácter permanecen tal cual o, incluso, se acentúan. O son justamente estos elementos que en la actividad pastoral futura provocarán conflictos en la comunidad y darán lugar a frustraciones personales. Vale la pena preguntarse más seriamente cómo la formación de los sacerdotes puede tocar, cambiar (donde sea necesario) y hacer madurar también estas oscuras dinámicas de la personalidad en las cuales están en juego principalmente las emociones, la afectividad y las motivaciones.

### **Cinco presupuestos**

Los cinco presupuestos que indico a continuación para el ministerio sacerdotal pueden ser considerados competencias básicas; constituyen, por así decirlo, el fundamento que permite a la persona afrontar con adecuada flexibilidad los cambios que la realidad futura traerá consigo y a reaccionar en modo humano y espiritualmente creativo.

## **1. Buscar a Dios**

La indicación de San Benito (Cap. 58 de la Regla) de ver, en la admisión al noviciado, si (el novicio) “busca realmente a Dios”, es válida también para la formación de los sacerdotes. Quien desea ser sacerdote debe ser un buscador de Dios.

Es más bien raro que al inicio de la formación alguien tenga ya una experiencia de vida espiritual bien estructurada. Normalmente sucede que un candidato pida ingresar al seminario por motivos muy diferentes: servir a los otros, trabajar con los jóvenes, el gusto por la liturgia, el ejemplo de un sacerdote, la experiencia de oración en la Jornada Mundial de la Juventud o en Taizè ... Este mix de motivaciones es normal y natural al inicio, pero durante la formación debería ser sometido a una progresiva clarificación y –donde fuese necesario- a una purificación.

La pregunta central para hacer y para hacerse es esta: Dentro de esta variedad de motivaciones ¿hay algún núcleo que tenga que ver con Dios? ¿Existe una experiencia auténtica, un deseo o, por lo menos, una profunda intuición de Dios? Y ésta, ¿llega a la profundidad de la existencia y de la personalidad del candidato? A tal fin es conveniente hacerse contar algo de las experiencias espirituales y de los sentimientos relacionados. De esta manera, uno se puede hacer una idea más precisa sobre la autenticidad y sobre la profundidad de estas experiencias y sobre la existencia o no de una especie de “núcleo espiritual” entorno al cual, luego, se podrá construir.

No todos están bien equipados desde el punto de vista espiritual. Pero sin una inquietud espiritual interior, una tensión hacia el *magis*, no se desarrollará ninguna personalidad espiritual. En el seminario, la búsqueda de Dios y el deseo espiritual pueden ser desarrollados, pero deben estar ya presentes; este núcleo ya presente en la personalidad del candidato puede ser cultivado y liberado, pero no “construido”.

## **2. Identidad estable**

Uno de los presupuestos más importantes para el ministerio es el desarrollo de una identidad personal. Sobre ésta, en efecto, se basan la madurez afectiva, la capacidad de relación y de donación, la capacidad de guiar una comunidad y hacer juicios sanos. Elaborar la propia identidad es un proceso complejo que comienza mucho antes de la formación sacerdotal; el candidato es influenciado y estimulado por ella y continúa mucho tiempo después de la ordenación.

El término identidad indica una familiaridad de base con sí mismo (un “sentirse en casa” con sí mismo); poder administrar el mundo de los propios pensamientos, comportamientos y sentimientos; saber de dónde se viene y poder decir hacia dónde se desea ir. Debemos tener en cuenta que la cultura actual del postmoderno –con sus exigencias de versatilidad y movilidad- hace más difícil

la formación de una identidad estable. Hoy se habla de sociedad líquida, de identidad "patchwork". La inseguridad existencial claramente perceptible y el temor de decidir típica de muchos, que llevan a patear siempre más adelante las decisiones definitivas es sólo una de las consecuencias. Los procesos psíquicos de maduración y de desarrollo que antes terminaban normalmente en torno a los 20-25 años, hoy parecen extenderse hasta los 30 años o más.

El formador debería tener en cuenta que la formación de la identidad es un proceso ambivalente que lleva en sí muchas tensiones, en el que es necesario encontrar mediaciones entre el mundo espiritual y los otros ámbitos de la vida humana. En efecto, la experiencia espiritual y la decisión vocacional son sólo un aspecto de la identidad, un aspecto que frecuentemente se contrapone a otros innumerables fragmentos de vida y constelaciones de valores que el candidato encuentra en su tiempo libre, entre sus amigos, en su familia, a través de los mass-media y que también ellos influyen profundamente sobre los aspectos más íntimos de su personalidad. Si estos diversos fragmentos de identidad no entran en diálogo entre sí, se corre el riesgo de que la decisión de vida pierda a un cierto punto su fuerza convincente; se la sienta como extraña y, al final, abandonada. Se habla siempre más frecuentemente de "identidad narrativa": en la medida en la cual yo cuento mi vida a otros, se hace significativa también para mí, creo sentido, nace una cierta identidad personal. Los diferentes trozos de identidad deben ser recompuestos narrativamente en una unidad significativa.

Los formadores deberían tener la capacidad de acompañar estos procesos de desarrollo hacia una identidad personal y de ayudar al candidato a verbalizar las inevitables tensiones de búsqueda, los cuestionamientos y la relativa conflictualidad y, por lo tanto, a administrarlos en modo narrativo. Los consultores psicológicos del seminario (todavía esporádicos y por lo general llamados para los problemas graves), deberían captar estos procesos de identidad y ofrecer su competencia para la formación de la identidad que permanece un objetivo fundamental de los formadores de los seminarios.

### **3. Capacidad de amar y de donarse**

Este es el criterio visible para evaluar si fue logrado un buen nivel de identidad.

Algunos signos de la presencia de este criterio, son: empeñarse gustosamente por los otros; prestarse espontáneamente para los diferentes servicios; apreciar lo que es diferente y nuevo; tener interés por el mundo de los otros; vivir en general una cultura del don.

De vez en cuando existen fases de concentración sobre sí mismos y de un cierto egoísmo. Se trata de fases que son absolutamente normales y que sirven para la formación de la propia personalidad. Las personas que las han atravesado, luego se sienten por lo general más maduras y más en grado de ser para los otros.

Estas fases no deben confundirse con la cultura del narcisismo. En tal caso se trata de un dar vueltas en torno a sí, de una tendencia a “representarse” a sí mismos, de excesiva preocupación por la propia persona y de instrumentalización de los otros para sacar ventaja. Personas de este tipo difícilmente logran mirar desinteresadamente a quien está a su lado y como sacerdotes tenderán a usar su comunidad para sí mismos y su confirmación personal. Detrás de este comportamiento narcisista se esconde frecuentemente una personalidad vulnerable y fragmentada que tiene necesidad de ser ayudada. No obstante, para el ministerio sacerdotal es necesaria la capacidad de donarse, de amar y de estimar al otro, capacidad que la personalidad narcisista no logra desarrollar.

#### **4. Espiritualidad de comunión**

Actualmente, el sacerdote ya no es el único responsable de una comunidad cerrada. Trabaja en estructuras complejas, con varias parroquias, con colaboradores y voluntarios. Esto presupone la capacidad de trabajar juntos y la disponibilidad para cooperar.

Se trata de una espiritualidad de comunión más que una exigencia práctico-profesional. Si los sacerdotes deben ser en las parroquias los servidores de la comunión y de la unidad, deben, antes, haber conocido y experimentado formas de vida comunitaria que no se dan por el simple hecho de vivir en una parroquia junto con otros cristianos. Son necesarias formas de comunión sacerdotal más explícitas. Frecuentemente los sacerdotes han sido formados para ser combatientes solitarios, para vivir solos, espiritual y prácticamente, con un estilo de vida que casi no se distingue del de un soltero. En consecuencia, para huir de la soledad, se puede terminar en una relación cuasi simbiótica y, por lo tanto, igualmente problemática con la comunidad parroquial. En los decenios pasados, muchas diócesis han seguido, sin darse cuenta, la influencia del individualismo típico de nuestra sociedad y hoy constatan que algunos sacerdotes jóvenes reclaman formas de vida comunitaria pero no saben vivirla: la desean, pero al mismo tiempo le temen. Esto hace referencia también al hecho de que la dimensión espiritual del “nosotros” no es familiar para muchos y debería ser recuperada como testimonio y signo de la presencia de Cristo antes que por razones prácticas. Promover formas de vida comunitaria entre los sacerdotes es, por lo tanto, un objetivo de máxima urgencia. No obstante, también en el futuro habrá sacerdotes que serán combatientes solitarios, pero no deben ser lo normal de la existencia cristiana y sacerdotal. Quizás por eso la forma de vida celibataria atrae poco a los jóvenes porque con frecuencia deja presagiar una vida solitaria en lugar de formas de vida comunitaria según el Evangelio vivido juntos.

#### **5. Disponibilidad para aprender**

Los presupuestos citados hasta aquí son competencia que sólo en casos raros un candidato ya posee en el momento del ingreso al seminario. Deben adquirirse y a veces, incluso, con fatiga. Es, entonces, muy importante este último presupuesto: modesta disponibilidad para aprender. Se entiende con esto una

estima realista de las propias capacidades y posibilidades, pero también la disponibilidad cordial para dejarse involucrar en un proceso de desarrollo, y la voluntad de aprender para toda la vida. Es la capacidad de itinerancia que hace del candidato un peregrino.

Unos de los interrogantes más importantes que debemos hacernos en el momento de admitir a alguien al seminario son, por lo tanto, estos: Esta persona, ¿desea aprender? ¿Se muestra disponible para entrar en un proceso espiritual y humano que comporta el dejarse cuestionar? ¿Está dispuesto a cambiar la capacidad de cambiar posteriormente, es decir, a activar un proceso dinámico que continuará, incluso, después del Seminario? Las contradicciones a esto son: la pasividad, la rigidez y una estructura de la personalidad marcadamente defensiva. En cambio, los signos positivos son la flexibilidad, la creatividad y la apertura a lo nuevo, el interés por el mundo y la disponibilidad para la introspección, el deseo de dialogar y de reflexionar sobre lo que se ha escuchado.

TAPKEN, Adreas, "L'ingresso in seminario. Presupposti e competenze", en *Tredimensioni*, 6(2009) 260-267. La traducción en español fue publicada en [www.osar.org.ar/](http://www.osar.org.ar/)

Rector del Seminario de Münster, Alemania.

Editorial "I preti: da guardiani dei granai a compagni di viaggio" en *Tredimensioni*, 4 (2007) págs. 116-121.

J. Müller, *In der Kirche Priester sein...*

RULLA L., *Antropología de la vocación cristiana, I, Bases interdisciplinarias*, Ed. Atenas, Madrid 1990; RULLA-IMODA-RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana, II, Confirmaciones existenciales*, Ed. Atenas, Madrid 1994; RULLA L., *Antropologia della vocazione cristiana, III, Aspetti interpersonali*, EDB, Bologna, 1997.

BOTTURA M., "Il racconto della vita", en *Tredimensioni*, 4 (2007), pp. 32-41; CENCINI A., "Raccontare e raccontarsi (I-II): dalla scoperta del senso all'attribuzione di senso", en *Tredimensioni*, 4 (2007), pp. 249-255, y 5 (2008) pp. 20-33.

Cf. También SAFFIOTTI L.M., "Favorire/ostacolare la maturità cristiana, en *Tredimensioni*, 3 (2006), pp. 260-268.

Cf. TAPKEN A., "Relación-Intersubjetividad-Alteridad. Cambios en los paradigmas del psicoanálisis actual y su significado para la antropología cristiana", en MANENTI-GUARINELLI-ZOLLNER (Eds.), *Persona y Formación Reflexiones para la práctica educativa y psicoterapéutica*, Paulinas Bogotá 2010, pp95-118